

Una psicología para la era atómica: contexto y propuesta de Ana María O'Neill

Sofía González Rivera
Universidad de Puerto Rico-Cayey

Resumen

La obra de Ana María O'Neill se inició a finales de la década del veinte y continuó hasta la década del sesenta. Su trabajo constituye una reacción a la psicología dominante prevaleciente durante las primeras décadas del siglo XX. O'Neill rechazó un individuo modelado por estímulos y respuestas, sin libre albedrío y por ende incapaz de asumir una conducta ética. El ser humano propuesto por John Watson, Edward Thorndike y Lewis Terman no estaba, de acuerdo a O'Neill, a la altura de las exigencias sociales del momento. Al incorporar a la disciplina las ideas éticas-psicológicas aristotélicas, tomistas y kantianas, esta psicóloga brindó a los psicólogos y psicólogas de su generación un objeto de estudio diferente, un ser humano con psiquis, libre albedrío, un ser capaz de asumir un comportamiento ético.

Palabras clave: Ana M. O'Neill, biografía, historia

Abstract

Ana María O'Neill's work started in the late twenties and continued up to the seventies. Her work is a reaction to the dominant psychology during the first decades of the twentieth century. O'Neill rejected the idea of an individual shaped by stimuli and responses, without free will and therefore unable to assume ethical behavior. According to O'Neill the human being that John Watson, Edward Thorndike and Lewis Terman had proposed did not reach the standards of the time. When O'Neill incorporates Aristotelian, Thomistian, and Kantian ethical - psychological ideas to the discipline, she gave the psychologists of her generation a different object of study, a human being with psyche, free will, and able to assume ethical behavior.

Key words: Ana M. O'Neill, biography, history

La producción de Ana María O'Neill nos permite disponer de un trozo de la historia de la disciplina en nuestro País del cual todavía quedan áreas inexploradas, las primeras décadas del siglo XX. La valoración de su trabajo es una de esas tareas impostergables si deseamos conocer el alcance de la expresión humanista en la psicología en Puerto Rico. De formación funcionalista, O'Neill fue una de esas psicólogas inconformes con la corriente mecanicista que se incorporó a la tercera fuerza de la psicología, movimiento que le concedió valor a la dignidad, y a la libertad, censurando a aquellos que adoptando una interpretación darwinista similar a la del conductismo, solo percibían diferencias cuantitativas entre el ser humano y el resto de las especies (Brennan, 1999; De La Torre, 1989). Aunque la biografía de O'Neill aparece en los libros sobre personas destacadas en Puerto Rico y en 1999, el periódico *El Nuevo Día* la incluyó como una de las figuras del siglo XX en la Isla, típicamente suele destacarse su aportación al área comercial y el cooperativismo. Creemos, sin embargo, que la obra de esta autora debe ser parte del acervo histórico que constituyen las biografías de

los pioneros de la psicología en nuestro País. Publicaciones como "Credulidad incorregible" (1934), "Aquí y ahora" (1937), "Educación moral y cívica" (1943) y *Ética para la era atómica* (1948/1960) tienen valía histórica para la disciplina.

O'Neill se graduó en 1915 de la Escuela Normal, Universidad de Puerto Rico, y en 1924 mientras enseñaba asignaturas comerciales en la Escuela Superior Central, finalizó su bachillerato en Educación con concentración en español. En 1927 recibió su diploma de maestría en psicología educativa en la Universidad de Columbia (Krüger, 1975; Negrón, 1930); institución de corte funcionalista que durante las primeras décadas del siglo XX se convirtió en uno de los lugares preferidos por los profesores del Departamento de Psicología para proseguir sus estudios graduados, otorgando diplomas a varios precursores de la psicología en la Isla, entre éstos, Juan N. Martínez, Miguelina Hernández, Efraín Sánchez Hidalgo y Abigaíl Díaz de Concepción (Roca 1993/1994). Contrario a otros de nuestros primeros psicólogos, O'Neill se ubicó en el Colegio de Comercio en la Universidad de Puerto Rico. De hecho, el edificio

donde actualmente está la Facultad de Administración de Empresas, contigüo a la Facultad de Ciencias Sociales, lleva su nombre. Quizás, fue el simple hecho de haberse ubicado en este lugar el que durante mucho tiempo desvió la atención de su figura de aquellos interesados en la historia de la psicología en el País. En 1929 O'Neill comenzó a trabajar en el Colegio de Comercio hasta 1961, año de su jubilación. Fue la primera mujer en ocupar una cátedra en dicho Colegio, creando varios cursos, entre los cuales están: "Ética Comercial- Una filosofía para la libre empresa", el curso interdisciplinario "Principios de Eficiencia" y "Español Comercial" para el cual escribió *Psicología de la Comunicación* (1971), texto que todavía hoy se utiliza como referencia en cursos universitarios. En una época donde pocas mujeres lograban acceso a los puestos administrativos, O'Neill organizó y dirigió el Departamento de Español Comercial. Fiel defensora del cooperativismo como alternativa para lidiar con los problemas socio-económicos que enfrentaba el País fue una figura clave en la creación del Instituto de Cooperativismo en 1953, fundamentando su filosofía del cooperativismo en su noción de la personalidad, tema sobre el cual publicó numerosos artículos, muchos de ellos compilados en 1955 por la Liga de Cooperativas de Puerto Rico en *Cuerpo y Alma del Cooperativismo* (Díaz, s.f.; Parrilla-Bonilla, 1981).

Dada las relaciones políticas de los Estados Unidos con la Isla no debe extrañarnos que la importación estadounidense fuera la cualidad definitoria de nuestra disciplina para los años de formación y vida profesional de O'Neill. A través de los estudiantes de Columbia, Brown y Harvard llegaban al País las ideas de los exponentes de la psicología de la adaptación estadounidense, el funcionalismo y el conductismo, así como las interpretaciones anglosajonas del psicoanálisis (Rivera, 1984). La psicología de la adaptación estadounidense con su sello darwinista, su filosofía pragmática y su énfasis en la administración de pruebas psicológicas formaron parte del quehacer de muchos y muchas de los que practicaban la psicología en nuestro País (De La Torre, 1989; Leahey, 1982). Naturalmente, como podemos esperar en una disciplina caracterizada por su heterogeneidad, hubo posiciones divergentes en la Isla a los dos grandes movimientos en la psicología. La inconformidad, principalmente con el conductismo, motivó el abrazo latinoamericano -y puertorriqueño- a la corriente humanista, especialmente, nos dice Carolina de La Torre (1989), en la orientación, la psicología clínica y la educación. De acuerdo a esta autora la tercera fuerza de la psicología comenzó a gestarse en Latinoamérica en la década del cuarenta logrando convertirse durante la década del sesenta en una fuerza significativa.

O'Neill fue una psicóloga humanista en el Colegio de Comercio. Al igual que otros humanistas, fue capaz de sentirse cómoda con la incorporación a la psicología de postulados más libres, mostrando poca disposición hacia una psicología científica estadounidense aferrada a los caminos ideados por los sectores más conservadores de la Ciencia. Sus ideas constituyeron una reacción a este tipo de psicología, a su noción de la ciencia y la naturaleza humana; fue una propuesta que germinó entre dos guerras mundiales y en el Puerto Rico de profundas transformaciones de las décadas del treinta, cuarenta y cincuenta. Los preceptos filosóficos que ésta defendió fueron diferentes a los preceptos que deseaba adoptar la psicología científica como parte de su matriz disciplinaria. O'Neill cuestionó el tipo de dato a los que se habían limitado los conductistas y algunos funcionalistas, a sus referencias objetivas sobre movimientos analizados cuantitativamente, así como a su noción del neonato/a como una *tabula* rasa. Rechazó a una psicología materialista que aspiraba a convertirse en el estudio de la conducta humana, mientras dejaba a un lado la racionalidad, el libre albedrío y hasta la espiritualidad, mostrando simpatía hacia el innatismo y el dualismo (O'Neill, 1948/1960). Hablando de forma general del materialismo conductista afirmó:

Como la conciencia no se ha solidificado de tal modo que pueda embotellarse en las probetas de los laboratorios, la escuela behaviorista despachó el término conciencia como carente de sentido. Y el behaviorismo se volvió una forma muy popular de interpretación de la conducta humana (O'Neill, 1948/1960, p.91).

A tono con este rechazo hacia el materialismo, O'Neill valoró de manera positiva los estudios sobre los fenómenos parapsicológicos realizados durante la década del treinta por un grupo de psicólogos de la Universidad de Duke. Este tipo de investigación que nunca llegó a formar parte de la psicología dominante, sí llegó a gozar de simpatía entre algunos psicólogos y no psicólogos, entre estos últimos, el Premio Nóbel en Medicina, Alexis Carrel, citado por O'Neill en varios de sus artículos. Curiosamente, Edward Thorndike en sus inicios, antes de que las fuertes críticas lo llevaran a desistir de este tipo de investigación para finalmente ocuparse de la cuantificación de la inteligencia de las aves, llevó a cabo estudios de telepatía (Boring, 1950/1978; Carrel, 1967; Rhine, 1961).

Tal y como podemos imaginar, las ideas de O'Neill no fueron recibidas con beneplácito entre muchos/as de los que practicaban la psicología en el País. La evidencia recopilada apunta a que los esfuerzos de

la época estaban concentrados en la psicometría, siendo el funcionalismo y el conductismo estadounidense corrientes importantes en las primeras décadas del siglo pasado en Puerto Rico (Álvarez, 1993/1994; Díaz-Royo, 1980). A O'Neill se le acusó de poco científica (O'Neill, 1980). Es que todavía hoy algunos de los planteamientos de ésta pueden resultar controversiales, más aún, durante las primeras décadas del siglo XX, cuando la psicología enfrentaba fuertes críticas sobre su carácter científico y las aspiraciones de ciertos sectores dentro de la disciplina por convertirse en una ciencia natural eran vistas con recelo por los grupos más conservadores en la Ciencia. Y ante ésta y muchas otras críticas, tal y como se recrea en la historia de la disciplina, John B. Watson le prometía a una ciencia tildada de burda e imprecisa avalar su entrada a las ciencias naturales (Leahy, 1982). Como se recordará sólo había que dedicarse al estudio de los estímulos y las respuestas, día a día capaz de ser operacionalizada, observada y cuantificada (Capra, 1983; Politzer, 1985). De acuerdo a M. H. Marx & W. H. Hillix (1987) para la psicología científica de estos años -el conductismo- todas las acciones estaban predeterminadas físicamente de antemano. La conducta, aun aquella calificada como voluntaria, era interpretada dentro del paradigma en términos físicos. Según puntualizan los autores antes mencionados en su *Sistemas y teorías psicológicas contemporáneas* (1987)

Watson y sus seguidores objetaron el asunto del libre albedrío presentándole al mundo seres humanos que no eran personalmente responsables por sus acciones.

A pesar de la importación en Latinoamérica de la psicología humanista, dado el arraigo de los principales paradigmas estadounidenses, no deja de llamar la atención el reclamo de Ana María O'Neill por una ciencia espiritual, que no estuviera muy alejada de la filosofía. En O'Neill hallamos influencia de los escritos de un grupo de científicos filosofantes como llamó I.M. Bochenski (1947) a figuras como Sir Arthur Eddington, John Scott Haldane, Max Planck y Alexis Carrel, entre otros científicos naturales, que ante la crisis de la física a principios del siglo XX abrazaron el espiritualismo, el idealismo y el teísmo. Nos parece sin embargo, que tales influencias no fueron los únicos antecedentes para sus reclamos. Al acercarnos a la obra de O'Neill debemos hacer referencia, no sólo a los paradigmas estadounidenses vigentes durante la primera mitad del siglo XX, sino también a aquellos factores sociales que afectaron el funcionamiento de toda una comunidad científica. No se debe olvidar que el trabajo de O'Neill germinó en un periodo donde la construcción de las armas atómicas y la Alemania de Hitler trajeron al escenario científico fuertes debates sobre la responsabilidad moral de aquellos que se dedicaban a hacer ciencia.

Si bien hubo en ese momento en la comunidad científica quienes sintieron su responsabilidad ante el nuevo conocimiento de la energía atómica y la historia, hubo otros que adoptando la tradición positivista decimonona de una ciencia objetiva, se autodenominaron “libres de valores” (Stern, 1976). Los argumentos presentados en *Ética para la era atómica* (1948/1960), muestran que tales debates no le eran ajenos a la autora. La psicología para O’Neill debía superar el ejercicio descriptivo sugerido por el conductismo y asumir posiciones valorativas, al igual que el resto de las ciencias, nuestra disciplina tenía su cita ineludible con la historia.

Si se acusa a los psicólogos de lo que han hecho, dirán que la psicología es ciencia descriptiva, y que, por tanto, no toca a ellos decir lo que debe ser sino simplemente lo que es. Pero no es cierto que los psicólogos nos hayan presentado el ser del hombre. Solamente han expuesto lo que el hombre tiene en común con la bestia, y han llamado a este tipo de investigación psicología humana. De habernos presentado al hombre completo, habríamos visto el deber inscrito en la naturaleza humana, como lo vio Tomás de Aquino, como lo vio Aristóteles, o como lo vio Kant (O’Neill, 1948/1960, p.95).

O’Neill aunó a la psicología las antiguas nociones éticas de

Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, Kant, entre otros, para ampliar a los psicólogos/as de su generación la noción conductista del ser humano, elaborando así, su concepto de la personalidad moral, el cual visualizó como ingrediente indispensable en la estructura ideológica de una sociedad libre o democrática. En su *Universidad al Garete: Apuntes sobre la Reforma Universitaria* (1942) podemos leer la que fue una de sus constantes propuestas de trabajo: “No me siento inclinada a seguir buscando...imágenes del mundo entre los psicólogos ...la imagen del mundo que sobre la psicología ha construido Thorndike no le sirve a Ortega para la reforma... Ni a nosotros tampoco” (p.6). Tales expresiones iban más allá de la aceptación de los supuestos filosóficos tácitos que siempre han acompañado a la psicología. Fue una propuesta alterna que transgredió los límites aceptables para la ciencia psicológica ortodoxa. Ante su inconformidad con esta psicología, O’Neill cruzó las fronteras que hay entre la filosofía y la ciencia, y en un momento en que muchos, como diría Edwin Boring (1950/1978) querían pensar que podíamos ser filosóficamente ingenuos, incorporó en la disciplina sistemas ético-históricos, mostrando serias reservas hacia los escritos científicos-psicológicos positivistas en el momento de explicar la conducta humana (O’Neill, 1943).

El modelo greco-cristiano de la personalidad moral

A través de la vasta producción de Ana María O'Neill se encuentran dispersas sus nociones sobre la personalidad moral. Conforme con su posición de la psicología ésta elaboró su modelo greco-cristiano, el cual de acuerdo a la autora podía colocarse bajo cualquier otra rúbrica, siempre y cuando conservara las peculiaridades que lo caracterizaban. Ana María O'Neill utilizó tres unidades para describir las estructuras de la personalidad moral cuya disposición no difirió del modo en que Aristóteles organizó sus ánimas. Al igual que el filósofo, ésta presentó las estructuras de su modelo en forma jerárquica en términos de inclusividad. El plano racional implicaba la existencia de un plano animal y un plano vegetativo. Todo ser racional experimenta placer y dolor, crece y se reproduce. Aquellos que vivían para alimentarse y reproducirse esquivando sus responsabilidades, eran simplemente seres humanos con la memoria suficiente para cumplir con los deberes de un animal, individuos que no habían actualizado su verdadera potencialidad (O'Neill, 1939; 1948/1960).

El fin último del modelo greco-cristiano era brindar una comprensión diferente de las motivaciones de la conducta moral. Para O'Neill todo ser humano nacía con dos naturalezas, el *yo animal*, común a todas las especies y el *yo racional*, privativo de la especie

humana. Similar al id freudiano, la disposición hedonista del plano animal o plano de las pasiones era innata. Por el contrario, el *yo racional* no guardaba paralelismo con el super-ego psicoanalítico. Al exponer los rasgos del *yo racional*, O'Neill lo describió como ese plano de la personalidad moral, producto de la evolución que constituía la esencia de lo que era ser humano. Una estructura innata rudimentaria en el momento del nacimiento, que precisaba de la educación para su desarrollo. Desde el modelo greco-cristiano, el *yo racional* era un tipo de inteligencia cualitativamente diferente a la inteligencia del resto de las especies; un tipo de funcionamiento cognitivo superior al cociente intelectual que medían las pruebas de inteligencia. La Razón o Intelecto era la inteligencia que maduraba en sabiduría. De este plano emanaban la solidaridad, cualidad indispensable en el cooperativismo, la imparcialidad, el auto-dominio, la honradez, el amor, el altruismo, el sentido del deber y por ende la conducta ética. La democracia sólo era posible si el *yo animal* estaba bajo el mando del *yo racional*. En este argumento O'Neill fue consecuente a través de toda su obra: sólo si la inteligencia humana era distinta en calidad y no sólo en cantidad de la inteligencia animal - tal y como había propuesto la principal psicología de la adaptación estadounidense - tenía control sobre el resto de la personalidad era realmente posible la convivencia democrática (O'Neill, 1948/1960).

Tabla 1

Naturaleza dual en el ser humano

Yo animal (biológico)	Yo racional
Lealtad por lo temporal	Lealtad por las soluciones correctas
Libertad como la oportunidad de satisfacer los deseos e impulsos	Libertad como la oportunidad de obrar con justicia
Suma de las hambres físicas	Suma de las tendencias no concluidas
Las diferencias humanas lo motivan a la explotación	Las diferencias humanas lo motivan a la cooperación
Formado desde el momento del nacimiento	Tendencia incipiente aunque potencialmente más fuerte que el yo biológico
Afinidad por las cosas	Afinidad por las soluciones correctas
Ser animal	Ser racional
Actos determinados por el placer y el dolor	Actos gobernados por la razón

En consecuencia, el objeto de estudio de la psicología era para O'Neill un individuo moral, un ser que debía decidir entre dar rienda a su *yo animal* o permitir que su *yo racional* ejerciera control sobre sus hambres. Desde el concepto greco-cristiano la conducta ética era un constructo psicológico y por ende parte de los temas propios de la disciplina, era simplemente el ejercicio de una de las estructuras de la personalidad moral. Propio de la especie, en todo ser humano normal había un *yo racional* que se desarrollaría si encontraba las condiciones idóneas para ello. Para O'Neill la educación en una

sociedad libre debía estar orientada hacia el logro de una personalidad ética ya que desarrollar ciudadanas y ciudadanos éticos era educar para la democracia. Ayudar a establecer los pilares para este tipo de educación era parte de las responsabilidades de la psicología, el conocimiento psicológico sobre la verdadera naturaleza de la especie debía estar presente en la ampliación de una teoría ética sobre la cual debía erigirse la educación. De acuerdo a O'Neill si la psicología científica deseaba conservar su apellido y ocupar el sitio que le correspondía junto al resto de las ciencias, debía dejar atrás la ruta

que se había trazado e incorporar el estudio del comportamiento moral (O'Neill, 1948/1960).

O'Neill nunca llegó a simpatizar con la cuantificación de la inteligencia; área de la psicología en que se hallaban concentrados muchos de los esfuerzos de los psicólogos/as en los Estados Unidos y en Puerto Rico. En su *Historia de la psicología experimental* (1950/1978) Boring aludió al 1910 como la década de las pruebas de inteligencia y a la utilización de dichas pruebas por el ejército estadounidense como el evento de la década. Los esfuerzos de los anglosajones dirigidos hacia la construcción de pruebas para satisfacer sus necesidades militares e identificar a los débiles mentales tendrían eco en el ejercicio de la psicología en nuestro País. Pero, para O'Neill, la noción de inteligencia propuesta por los protagonistas de la medición, William Stern, Alfred Binet y Lewis Terman estaba incompleta. Las pruebas de inteligencia no medían la inteligencia exclusivamente humana, la Razón (yo racional), sino lo que O'Neill identificó como la inteligencia privada, esto era, la capacidad para aprender compartida por todas las especies. Lamentablemente, de acuerdo a ésta psicóloga pionera, la mayoría de los psicólogos/as no conocían otro tipo de inteligencia, que la que medían las pruebas de inteligencia.

Cuando la psicología descartó la racionalidad del hombre, el

estudio de la psicología se convirtió en el estudio de cuántos psicólogos catalogaron cuántos instintos. La cuestión vital para una sociedad libre no es, sin embargo, si sólo hay un instinto y todo lo demás es sublimación, como sería para Freud, o si son tres instintos y todo lo demás es condicionamiento, como lo sería para Watson; o si son muchos instintos como aseguran Thorndike y James. La cuestión vital es si la Razón tiene poder inmanente sobre el instinto (O'Neill, 1948/1960, p.91).

Como secuela de haber descartado la racionalidad, la psicología -diría O'Neill- reducía su objeto de estudio a los instintos de un animal doméstico, trastocándose una vez más la finalidad de la disciplina. La falta de reconocimiento de la línea divisoria entre el ser humano y un animal doméstico, conducía al "engaño" de la psicología científica, "timo" en que ésta haría hincapié. El engaño del conductismo estribaba en haber presentado sólo una fracción del ser humano, aquella que se compartía con el resto de las especies como si dicha porción abarcara la totalidad de la naturaleza humana. Ser humano significaba tener una naturaleza cualitativamente distinta con necesidades y dificultades propias que resolver (O'Neill, 1948/1960).

La psicología empezó como el estudio del alma; bajó a ser el estudio de la mente, volvió a

bajar para ser, modestamente el fluir de la consciencia y baja más todavía para ser el estudio de la conducta. Y aunque estrechar el campo es esencial al descubrimiento científico, aquí se ha convertido en estrechar el concepto de hombre hasta ponerlo a nivel con el concepto de bestia (O'Neill, 1948/1960, p.90).

Ante esa nueva redefinición del objeto de estudio de la psicología varias interrogantes quedaban según O'Neill sin respuestas satisfactorias: ¿Cómo construir una sociedad libre en una época cuya noción del ser humano provenía de una psicología que había dejado a un lado la racionalidad, el libre albedrío y hasta la conciencia? ¿Podía un animal doméstico educarse para el difícil ejercicio de vivir en una sociedad libre? La sociedad libre en contraposición a los gobiernos fascistas de Adolfo Hitler y Benito Mussolini fue un tema recurrente en O'Neill. Igualmente, recurrente fue su desazón con las implicaciones ético-sociales de los supuestos sobre la naturaleza humana adoptados por la principal psicología de la adaptación. La sociedad libre no era una necesidad si como afirmara Thorndike éramos animales domésticos, sin siquiera voluntad libre. Sobre Edward Thorndike, precursor del conductismo escribió en 1942:

Cuando supe que había salido el libro de Thorndike, *Human*

Nature and the Social Order, ahogué un grito de Eureka! Thorndike tiene treinta años o más en la investigación de la naturaleza humana y es de acuerdo a la naturaleza humana que el orden social tiene que construirse. Sorbí el libro, y como detritus me queda esta afirmación de Thorndike que el hombre es un animal doméstico. Bonita imagen del mundo, lector, va a construirse sobre el concepto de hombre como animal doméstico! (p.5).

Si como dijera Thomas Leahey (1982) en su *Historia de la psicología*, la disciplina es ese edificio que se intenta construir con un plano detallado, en ocasiones Ana María O'Neill nos recordará, a una de las inconformes con los anteproyectos previamente acordados para el edificio principal. O'Neill defendió la incorporación a la psicología del libre albedrío, la conciencia, los valores y la razón en un período en que la psicología que importábamos, en su empeño de equipararse a las ciencias naturales, se aferraba a las propuestas tradicionales desterrando de sus predios lo ético. Lo valorativo era visto con recelo por aquellos que aspiraban a la objetividad. O'Neill reinterpretó los resultados de los ejemplares compartidos en la psicología incorporando las ideas éticas aristotélicas, tomistas y kantianas. Dejó a un lado el materialismo, el reduccionismo de los procesos psicológicos a los

procesos fisiológicos, la definición psicométrica de la inteligencia y su cuantificación en un periodo donde tales actividades no sólo daban prestigio a la disciplina sino que inclusive llegaron a justificar ante el público la existencia de la psicología (Marx & Hillix, 1987).

Cabe señalar que O'Neill no rechazó el trabajo empírico, sino que llegó incluso a utilizar los resultados de otros investigadores para dar apoyo a sus planteamientos, ejercicio que no sólo le pareció factible, sino imprescindible. No obstante, reinterpretó los resultados de las investigaciones científicas fuera de las fronteras impuestas por la psicología tradicional, cobrando los datos un nuevo matiz. El ser humano de O'Neill tenía psiquis, valores, libre albedrío y, por ende, era capaz de asumir una conducta ética, conducta que siempre presupone la capacidad para decidir. En un momento en que muchos estaban dispuestos a prescindir de la mente para prestar atención exclusiva a los datos públicos, a dar más importancia a la investigación animal que a la investigación humana, O'Neill estuvo entre aquellas personas que desde principios del siglo XX hablaban de la Razón, como ingrediente indispensable para el comportamiento ético y por ende, para una sociedad libre. Aunque después de la Segunda Guerra Mundial hubo quienes empezaron a mostrar cierta aprensión hacia el conductismo, no fue hasta la década

del sesenta cuando la psicología comenzó a tomar realmente una nueva orientación, rescatándose la mente como un objeto de estudio legítimo (Leahey, 1982). Avanzado el siglo, en la década del ochenta, todavía el tema de lo moral era visto con desdén por muchos dentro de nuestra ciencia (Haan, 1997).

Ana María O'Neill fue, sin embargo, una inconforme que defendió con vehemencia sus ideas, a pesar de los "inconvenientes" que vivía todo psicólogo/a que se alejaba demasiado de la corriente principal. Según ella misma narrara en la siguiente anécdota:

Presentábamos ese día una ponencia sobre *Educación moral y cívica* y claro que eso es filosofía. Era nuestro empeño hacer un viaje de reconocimiento por tierras aledañas al "área de la democracia" dentro del individuo. Cuando íbamos por la mitad el conductor de la Asamblea nos paró en seco. Y nos dijo que aquel no era sitio para hablar de filosofía. Se nos permitió terminar porque el resto del pasaje protestó. Pero en cuanto a las recomendaciones básicas que hicimos, ni una sola se incluyó en las recomendaciones oficiales del Congreso (O'Neill, 1942, p.5)

En los escritos de Ana María O'Neill escucharemos no sólo la voz de la psicóloga, sino también la voz de "la creyente". En la fuerte entonación de citas como la que ha

continuación se presenta se puede sentir la fuerza de su crítica, la pasión con la que defendió aquello en lo cual creyó:

A nuestra generación nos toca plantearle esta interrogante a la psicología, el hombre que presentas, ¿es verdadero o falso? Si la psicología nos presenta como un hombre entero, una parte del hombre, el hombre que nos da es falso y es falsa también ella (O'Neill, 1946, p.9).

Si bien el trabajo de O'Neill estuvo condicionado por factores endógenos y exógenos a la disciplina

de estos años, esto no significa que su propuesta sea inoperante en la sociedad puertorriqueña actual. ¿Puede una sociedad que da largas a la educación ética formar personas para el difícil ejercicio de vivir en la sociedad puertorriqueña actual? ¿Cuál debe ser la aportación de la psicología en la formación ética de las nuevas generaciones? Los acontecimientos recientes en nuestro país nos recuerdan que urge desarrollar el sentido ético en nuestros ciudadanos y ciudadanas, aún es imperativo educar para la democracia.

Referencias

- Álvarez, A.I. (1993/1994). La enseñanza de la psicología en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, 1903-1950. *Revista Puertorriqueña de Psicología*, 9, 13-30.
- Bochenski, I. (1947). *La filosofía actual*. México: Fondo de Cultura.
- Boring, E. (1978). *Historia de la psicología experimental*. México: Trillas. (Trabajo original publicado en 1950).
- Brennan, J. (1999). *Historia y sistemas de la psicología*. México: Prentice Hall Hispanoamericana.
- Capra, F. (1983). *The turning point*. NY: Bantam Books.
- Carrel, A. (1967). *La incógnita del hombre*. Barcelona, España: Editorial Iberia.
- De La Torre, C. (1989). *Psicología latinoamericana*. San Juan, PR: Publicaciones Puertorriqueñas.
- Díaz, A. (s.f.). *Resumen histórico del cooperativismo en Puerto Rico*. San Juan, PR: Cooperativa en Puerto Rico: Cooperativa de Artes Gráficas.
- Díaz-Royo, A. (1980). La psicología en Puerto Rico: Reflexiones sobre una herencia y una crisis. En R. Ramírez & W. Serra (eds.). *Crisis y crítica de las ciencias sociales en Puerto Rico* (pp.97-111). Río Piedras, PR: Centro de Investigaciones Sociales.

- Haan, N. (1997). Can research on morality be "scientific". En J. M. Notterman (ed.). *The evolution of psychology* (pp. 231-218). Washington, D. C.: American Psychological Association.
- Krüger, L. (ed.). (1975). *Enciclopedia grandes mujeres de Puerto Rico*. (tomo 1). Hato Rey, PR: Ramallo Bros.
- Las 40 figuras del siglo XX (1997, 17 de diciembre). *El Nuevo Día*, pp.38-39.
- Leahey, T. (1982). *Historia de la psicología*. Madrid, España: Editorial Debate.
- Marx, M. & Hillix, W. (1987). *Sistemas y teorías psicológicas contemporáneas*. México: Editorial Paidós Mexicana, S. A.
- Negrón, A. (1930, 16 de marzo). Conversando con las principales feministas del país. *El Mundo*, pp. 1, 11.
- O'Neill, A. M. (1939, septiembre-octubre). La tarea de ser hombre. *Horizontes*, (2), 39-46.
- O'Neill, A. M. (1942, 5 de julio). La Universidad al garete. Apuntes sobre la reforma Universitaria. *El Mundo*, pp. 5, 7.
- O'Neill, A. M. (1943, julio). Anti-intelectualidad de nuestro siglo. *Mundo Libre*, (3), 17-20.
- O'Neill, A.M. (1946, enero). La contribución de la mujer a la democracia. *Revista de la Asociación de Graduadas en Puerto Rico*, 4, 2, 6-12.
- O'Neill, A. M. (1960). *Ética para la era atómica*. México: Orión. (Trabajo original publicado en 1948).
- O'Neill, F. (1980, octubre). *Ana María O'Neill: Su vida y su obra*. Conferencia presentada en la Asamblea de la Cooperativa de Seguros Múltiples, Puerto Rico.
- Parrilla-Bonilla, A. (1981, 12 de agosto). Mucho aportó Ana María O'Neill al cooperativismo. *El Mundo*, 1B.
- Politzer, G. (1985). *Principios elementales de filosofía*. México: Editorial Paidós.
- Rhine, J. (1961). *El alcance de la mente*. Buenos Aires, Argentina: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Rivera, A. N. (1984). *Hacia una psicoterapia del puertorriqueño*. Puerto Rico: Centro para el Estudio y Desarrollo de la Personalidad Puertorriqueña.
- Roca de Torres, I. (1993 / 1994). Reseñas biográficas de algunos precursores de la psicología en Puerto Rico. *Revista Puertorriqueña de Psicología*, 9, 31-60.
- Stern, A. (1976). *Problemas filosóficos de la ciencia*. Barcelona, España: Editorial Universitaria.